



Con cluyendo...

RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD

Consagración - Comunión - Comunidad - Misión

La Eucaristía es siempre una misión. La Eucaristía, que nos ha liberado de nuestra paralizadora sensación de pecado, nos ha revelado que el Espíritu de Jesús habita en nosotros y nos faculta para salir al mundo y llevar la buena noticia a los pobres, devolver la vista a los ciegos y la libertad a los cautivos, y proclamar que Dios ha mostrado su misericordia a favor de todos.

La dinámica que brota de la Eucaristía es la que va de la comunión a la comunidad y de ésta al ministerio. Nuestra experiencia de comunión nos envía primero a nuestros hermanos y hermanas para compartir nuestras vidas y construir con ellos un cuerpo de amor. Luego como comunidad podemos salir en todas direcciones y llegar a toda la gente.

La vida vivida eucarísticamente es siempre vida en misión. Vivimos en un mundo que llora constantemente sus pérdidas. Las guerras inmisericordes, que destruyen personas y países, el hambre que diezma poblaciones enteras, el crimen y la violencia, que tiene aterrorizados a millones de hombres, mujeres y niños; enfermedades terribles que devastan los cuerpos de innumerables personas; terremotos, inundaciones, accidentes de tráfico..., todo ello constituye la historia de la vida cotidiana que llena las páginas de los periódicos y las pantallas de la televisión. Son muchos los seres humanos que caminan por este planeta con los rostros abatidos que de una manera u otra dicen: "nosotros esperábamos..." Este es el mundo al que hemos sido enviados a vivir eucarísticamente, con el corazón en ascuas y con los ojos y oídos abiertos.

Muchas veces pensamos en la misión exclusivamente en clave de "dar", pero la verdadera misión es también "recibir". Si es verdad que el Espíritu de Jesús sopla donde quiere, entonces no hay nadie que no pueda transmitir ese Espíritu. Sin esta reciprocidad de dar y recibir, la misión fácilmente acaba siendo manipulación o violencia. Pertenece a la misma esencia de la vida eucarística hacer crecer éste círculo de amor.

Una vez que hemos entrado en comunión con Jesús y hemos creado comunidad con quienes saben que está vivo, podemos ir a unirnos a los numerosos viajeros solitarios y ayudarles a descubrir que también ellos pueden vivir el gozo de la resurrección.

No todos nos escucharán y solo unos pocos nos invitarán a entrar en sus vidas, pero quienes viven una vida eucarística saben que su misión consiste en desafiar a sus compañeros de camino a elegir el agradecimiento en lugar del resentimiento, la esperanza en lugar de la desesperación. Y las pocas veces que este desafío sea aceptado son suficiente para que la vida merezca ser vivida. (Nouwen)

